

Galicia, región de Europa: dimensiones europeístas del imaginario culturalista de la *Xunta*

Galicia a region of Europe: European dimensions of the cultural imaginary of the Xunta

Lourdes MÉNDEZ

Universidad del País Vasco/Euskal Herriko Unibertsitatea,
Dpto. Filosofía de los Valores y Antropología Social,
sedrul@grn.es

RESUMEN

En este artículo se desgajan las unidades elementales que componen el imaginario culturalista difundido desde 1990 por Manuel Fraga, Presidente de la *Xunta* de Galicia presentando en primer lugar atención a sus dimensiones europeístas. Y puesto que este imaginario instituye a la cultura como el único referente colectivamente compartido, también se examina cómo logra suscitar adhesiones emotivas al mismo oscureciendo así los conflictos y contradicciones presentes en la sociedad gallega. A lo largo del texto se exponen las claves que han hecho posible el creciente recurso político a una visión primordialista de la cultura, tanto al nivel de las instituciones gallegas, como al de las de la Unión Europea (UE) para, acto seguido, considerar lo que acontece en Galicia.

PALABRAS CLAVE

Europa de la Cultura
Imaginario culturalista
Región
Dimensiones emotivas

ABSTRACT

In this paper I analyse the cultural imaginary broadcast since 1990 by Manuel Fraga, President of the Xunta of Galicia, I focus in the first place on its europeistic dimensions. As this imaginary is founded on culture as the unique reference shared by the whole collective, I also examine how the imaginary succeeds in arousing emotional responses at the same time that it darkens the present conflicts and contradictions of Galician society. Throughout the text I make clear the key elements that have made possible the increasing appeal to politics in order to establish a primordial vision of culture, both in the Galician and the European Union institutions. Finally I focus on what it is happening in Galicia.

KEY WORDS

Europe of Culture
Culturalistic Imaginary
Region
Emotional dimensions

SUMARIO 1. Una apuesta política: la Europa de la Cultura contra la Europa de las culturas. 2. Dos acontecimientos dispares. 3. Las unidades elementales del imaginario culturalista de la Xunta de Galicia. 4. El orgullo de ser gallego: un sentimiento como órdeno político. 5. Conclusión. 6. Referencias bibliográficas.

A lo largo de este artículo* voy a examinar el imaginario culturalista difundido desde 1990 por Manuel Fraga, Presidente de la *Xunta* de Galicia, haciendo emerger sus unidades elementales y prestando atención a sus dimensiones europeístas. También veremos cómo reificando la cultura e instituyéndola como único referente común, se logra suscitar adhesiones emotivas al mismo. Dado el objetivo expuesto, antes de desvelar las características de dicho imaginario debemos recordar, primero, algunas de las claves que han hecho posible el creciente recurso político a una visión primordialista de la cultura, tanto al nivel de las instituciones gallegas, como al de las de la Unión Europea (UE). Esa particular perspectiva sobre la cultura, su constante difusión mediática y su plasmación práctica en unas políticas culturales cuyas líneas básicas se consensuaron interestatalmente, era indispensable tanto para intentar erigir a la Europa de la Cultura como referente identitario común para toda la población de la UE, como para desactivar la pertinencia del reconocimiento de una Europa de las culturas en la medida en la que éste podría desembocar en un efecto no deseado: la configuración de nuevos Estados-nación. De región europea en región europea asistimos desde hace poco más de una década y como meros espectadores a un proceso político de culturización de las diferentes nacionalidades de la UE que tiene como principal objetivo despolitizarlas (Bastida 1998) con el fin de que la Europa de la Cultura sea posible. Lanzando transnacionalmente el mensaje de que no tiene futuro «una Unión hecha sólo en base a lo económico. Pero si se hace de cultura, de civilización, de participación, entonces vivirá»¹, las instituciones europeas nos están presentando «os vellos intereses dos grupos de poder económico e dos estados (...) como intereses da cidadanía e dos pobos, É neste contexto onde a mensaxe da necesidade de fortalecer unha Identidade europea aparece como obxectivo prioritario» (Gondar Portasany 2001:70). Un objetivo que si se desea alcanzar debe ser impulsado desde todas las regiones de la UE.

1. Una apuesta política: la Europa de la Cultura contra la Europa de las culturas

Se dice que al final de su vida Jean Monnet, uno de los artífices de la Comunidad Económica Europea, declaró que «si hubiera que rehacerla, empezaría por la cultura» (Rigaud 1990: 274). Sea veraz o no esta declaración lo cierto es que el interés por la Europa de la Cultura, aunque se remonta a principios de los años cincuenta del siglo XX, empezará a plasmarse en la UE a finales de los ochenta y, de forma creciente, tras la firma en diciembre de 1991 de un Tratado de Maastricht que por vez primera recogerá la voz «cultura» en su articulado inscribiéndola así en el corpus del Derecho Comunitario y abriendo la vía a que la diversidad de las culturas de Europa pueda reducirse a la unidad de la Europa de la Cultura. Desde ese momento lo que se está intentando a través del cre-

* Deseo agradecer las útiles sugerencias que tras leer el primer borrador de este artículo me han hecho María Xosé Agra, Marcial Gondar, Juan Igartua, Carmen Mozo y Susana Narotzky.

¹ Discours de Madame Viviane Reding au Parlement Européen, Bruxelles. 3.02.2000.

ciente desarrollo de una política cultural² transnacional institucionalmente consensuada es ir creando, a través de diversas actuaciones de carácter estructural, una UE en la que las culturas de sus regiones³ sean socialmente percibidas como partículas de una cultura común cuyas raíces históricas pueden rastrearse. Es en ese proceso impulsado con fuerza desde hace poco más de una década en el que adquiere sentido el lugar que las instituciones regionales, estatales y europeas otorgarán a la cultura. Partiendo de una definición que remite a la diversidad de lenguas, tradiciones, costumbres y patrimonio histórico y artístico presentes en la UE, se está intentando configurar una cultura europea sin conseguir, hoy por hoy, que la población de dicho continente la haga suya en tanto que referente identitario común. Sin embargo lo que si se está produciendo es «un vasto bricolage multicultural» (Abélès 1996: 132) con el que se intenta paliar el déficit simbólico que afecta a una UE que «sigue siendo ante todo una coalición de intereses. (...). Ni englobamiento de culturas nacionales en un conjunto homogéneo, ni superación de los particularismos en una identidad más amplia, (...) (*una UE*) que carece cruelmente de símbolos o de rituales dotados de poder de atracción» (Abélès 125-131). Ese déficit simbólico puede, efectivamente, estar afectando a la construcción de ese nuevo objeto político que es la UE, pero no a aquellas regiones de Europa que se autoperciben como poseedoras de una cultura cuya particularidad puede y debe preservarse. En Galicia, el proyecto de construcción de la Europa de la Cultura ha contribuido a reactivar un imaginario culturalista que sus instituciones instrumentalizan para lograr objetivos muy diversos tanto en el ámbito gallego como en el de la UE. De hecho a lo que estamos asistiendo global y localmente es a «un vasto proceso de transformación estructural, con la formación de un sistema mundial de culturas, de una Cultura de las culturas (...) (*a medida que*) los seres humanos, en contacto cada vez más estrecho con el mundo exterior, se ponen a discurrir (...) rasgos distintivos de sus propias culturas» (Sahlins 1993: 19). Institucionalmente orquestado, ese vasto proceso de transformación estructural prescinde de tal modo de la ciudadanía que disminuye en cada persona «el sentimiento de incidir sobre su propio destino y sobre el mundo (...) (*la ciudadanía*) no tiene acceso a Europa cuando ésta se está imaginando. Sólo la recibimos cuando ya está hecha» (Thibaud 2002: 50). Aunque esto sea así en términos generales no podemos obviar las

² He analizado los implícitos de la política cultural de la *Xunta*, prestando especial atención a las artes plásticas en: *Galicia en Europa. El lugar de las artes plásticas en la política cultural de la Xunta* (ediciones do Castro, A Coruña, en prensa, 2004).

³ En la nomenclatura y metodología utilizadas por la Comunidad Europea y por EUROSTAT el concepto de región comprende varias acepciones: geográfica, funcional, administrativa e incluso institucional. Esto significa que se distinguen tres niveles de desagregación regional: Nivel I: 54 regiones de la CEE, Nivel II: 117 regiones administrativas de base; Nivel III: 742 subdivisiones de las regiones. Aplicando esto al Estado español el Nivel I se corresponde con el Estado de las Autonomías, el II con las Comunidades Autónomas y el III con las provincias. (Ver: SIE-RRA LUDWIG, V. (1985): «Desequilibrios regionales en España y en la CEE: relaciones entre nivel de vida y cultura», *Revista AIC*, número 23, pp. 69-107).

estrategias institucionales tendentes, en cada región de Europa, a lograr que intereses de la UE todavía percibidos como ajenos por sus poblaciones pasen a ser vividos como propios. A mi entender, la «Cultura de las culturas» que se está elaborando en una UE que en el 2004 estará constituida por veinticinco Estados-nación requiere que en el seno de cada uno de ellos se preste atención institucional a su interna diversidad cultural sin que eso desemboque en un reconocimiento político de los derechos culturales de cada región (Méndez 2001). Ensalzar la diversidad cultural de la UE, promocionar la visibilidad, difusión y consumo transfronterizo de productos culturales distintivos, debería hacer emerger en más de cuatrocientos millones de personas el sentimiento de pertenecer a una cultura europea que, insisten las instituciones regionales, estatales y de la UE, es el sintético producto de las numerosas culturas que en ella confluyen. Y para que emerja ese sentimiento identitario de pertenencia a una cultura común, las instituciones de cada región de la UE deben «xogar cos afectos e cos sentimentos do pobo canalizándolos nas direccións que lles interesa» (Gondar Portasany 2001: 76).

Las dimensiones europeístas y emotivas del imaginario culturalista de la *Xunta* de Galicia las vislumbraremos si, además de lo ya expuesto, tenemos en cuenta que la UNESCO declaró el periodo 1988-1997 *Década Mundial de la Cultura*⁴ señalando, entre otros objetivos, el de colocar a la cultura en el centro del desarrollo y el de afianzar las identidades culturales; y si retenemos que desde 1988 diferentes documentos elaborados por la Comisión Europea de Cultura⁵ afirman que hay que relanzar la Europa de la Cultura e indican los caminos a seguir para lograrlo. Dichos documentos señalan que la Europa de la Cultura existe al menos desde la Edad Media y que, en cierta medida, también desde ese momento puede hablarse de la existencia de un espacio común europeo —el Camino de Santiago— que lleva siglos comunicando entre sí a los pueblos cristianos de Europa. El Presidente de la *Xunta*, iluminando a lo largo de sus discursos ciertos rasgos distintivos de la cultura de Galicia, difunde un imaginario que hace suya una concepción primordial de la cultura gallega a la par que intenta situarla en una posición estratégicamente privilegiada aprovechando la coyuntura política y económica que la construcción de la Europa de la Cultura le proporciona. Inscribir de forma políticamente aporosa la reivindicada diferencia cultural en el seno de la UE requerirá transformarla internamente en un órdago emotivo-identitario capaz a un tiempo de activar adhesiones sentimentales a ese imaginario culturalista (y por extensión al regionalismo de Manuel Fraga), y de desactivar la pertinencia política de aquellos proyectos nacionalistas que lo comparten. Y ésa es la gran paradoja. El imaginario culturalista de la *Xunta* no está destinado a que emerja un nuevo Estado-nación en la UE, sino a que Manuel Fraga suscite en su región una adhesión emo-

⁴ UNESCO (1987): *A Practical Guide to the World Decade for Cultural Development (1988-1997)*. Paris. UNESCO.

⁵ *Documentos Europeos* número 10 (1988). A partir de esa fecha, numerosos han sido los documentos europeos en los que propugna la necesidad de una Europa de la Cultura.

cional que se traduzca en beneplácito político asegurando así —y hasta ahora con éxito— su continuidad como Presidente de la Xunta. Y es esa paradoja la que le conduce a recurrir, machaconamente, a una cultura esencializada a partir de la cual ha ido imaginando Galicia (Anderson 1993) y el lugar de Galicia en Europa.

2. Dos acontecimientos dispares

Dos acontecimientos dispares nos servirán como punto de partida para ahondar en las cuestiones expuestas. El primero tuvo lugar en el 2000, el segundo en el 2002. El primero fue un evento expositivo, el segundo una catástrofe ecológica. El primero tuvo lugar fuera del territorio gallego, el segundo azotó sus costas y afectó también a otros países de la UE. Voluntario el primero, no deseado el segundo, ambos nos permitirán observar cómo las instituciones gallegas establecen unos criterios de selección que «iluminan ciertos tipos de acontecimientos y oscurecen otros» (Douglas 1989: 61); unos criterios de selección que, como veremos, remiten al imaginario culturalista difundido por la Xunta.

En julio de 2000, año en el que Santiago de Compostela fue una de las capitales europeas de la cultura, y utilizando la infraestructura del Pabellón de España, Galicia participó en Hannover en la última Exposición Universal del siglo XX. El Presidente de la Xunta se desplazó hasta la ciudad alemana para inaugurar en ella la semana dedicada a Galicia. Cuatro *palilleiras*, un orfebre, la Real Banda de Gaitas de Ourense, actuaciones musicales de *Milladoiro* y *Luar na Lubre*, diversos objetos *xacobeos* y una obra del escultor gallego afincado en Nueva York Francisco Leiro habían sido seleccionados por el Gobierno de Galicia para mostrar al mundo el arte y la cultura gallega. Que Galicia hiciera uso del Pabellón de España refleja tanto las características de un Estado de las autonomías que sólo reconoce la existencia de la nación española y que entiende la cultura gallega como parte de la española, como la voluntad de la Xunta de que Galicia sea una pieza del mosaico europeo. Como iremos viendo, asumiendo la existencia de un hecho diferencial gallego con el que la modernización económica de Galicia ni puede ni debe acabar, la Xunta no dejará de afirmar que Galicia es la región de Europa en la que por excelencia confluyen artes y culturas del viejo continente.

Poco más de dos años después del evento de Hannover y tras seis días de incertidumbre, mientras que Manuel Fraga participaba en una cacería, el 19 de noviembre de 2002 el petrolero *Prestige* se partió en dos hundiéndose frente a la costa de Finisterra dejando escapar miles de toneladas de fuel y provocando la mayor catástrofe ecológica vivida por Galicia. Casi cinco meses después del dramático accidente, mientras que el barco hundido seguía (y sigue) dejando escapar fuel y contaminando las costas de Galicia, Asturias, Cantabria, País Vasco y también las de otro Finisterre, el de la Bretaña francesa, *El Semanal*⁶ publicaba un cuaderno de más de veinte páginas realizado en colaboración con la Xunta y titulado «Galicia. Todo lo

⁶ *El Semanal* n.º 805 marzo-abril 2003. Hasta que no se indique lo contrario todos los entrecomillados están extraídos del mismo.

que hay que saber para conocernos». El presente, el pasado, la economía, la cultura, el medio ambiente, dos guías turísticas —una de ellas sobre el Camino de Santiago «primer viaje cultural europeo»— y una entrevista a Manuel Fraga, eran algunas de sus secciones. Ampliamente difundido ese cuaderno plasma la estrategia de las instituciones gallegas de crear «zonas de oscuridad que no pueden observarse ni cuestionarse (...) (*y otras que*) atentamente examinadas y bien ordenadas, presentan detalles finamente distinguidos» (Douglas 1989: 61). Tanto el texto como las imágenes que lo acompañan y refuerzan crean una inmensa zona de oscuridad en torno a las consecuencias económicas, políticas y emotivas provocadas por el accidente del *Prestige* y, para crearla, se recurre a bellas fotografías de una Galicia «paraíso cada vez más verde»; de un mar esplendorosamente azul; de una sonriente mariscadora; de una succulenta gastronomía tradicional en la que «el marisco sabe a marisco y el pescado, a mar»; de un pasado que es «un paseo por las raíces multiculturales»; de una cultura que es «una apuesta por la vanguardia artística»; y de una catedral de Santiago visita cultural obligada para los millones de turistas que cada año se acercan a Galicia. Frente a estas imágenes y frases, la diminuta fotografía de un grupo de inactivos voluntarios vestidos con impolutos buzos blancos y reunidos en no se sabe qué lugar, refuerza aún más si cabe la construcción de esa zona de oscuridad en torno a las consecuencias locales de la catástrofe. Unos voluntarios a los que se les agradece su «impresionante gesto de solidaridad» y que son elevados al rango de embajadores que explicarán al mundo la «nueva realidad» de Galicia puesto que han podido comprobar la hospitalidad de sus gentes, y, al parecer, disfrutar de su gastronomía, su arte y su cultura.

Lo que este cuaderno ilumina, al igual que lo hace el acontecimiento de Hannover, son los detalles finamente distinguidos por el Gobierno de la *Xunta*, los detalles sobre los que éste desea atraer la atención, los que para dicho Gobierno hacen que Galicia sea lo que es: su pasado, su presente, su cultura, su arte, su gastronomía y sus paisajes. La disparidad de ambos acontecimientos no impide que dicho Gobierno, suceda lo que suceda en Galicia, en el Estado español, o en la UE (y en el caso del *Prestige*, legitimando las actuaciones locales y estatales que ensalzará como las únicas posibles y pasando de puntillas sobre las escasas muestras de solidaridad económica europea recibidas), siga difundiendo su imaginario culturalista. Por eso debemos preguntarnos qué efectos esperan provocar las instituciones de esa región de Europa manteniéndolo contra viento y marea y dónde esperan hacerlo. A nivel de la región tres son los efectos que desean provocar. El primero, el de crear el sentimiento entre la población gallega de que, como afirman con ardor algunos gallegos: «Fraga no tiene la culpa de que se hundiera el barco»; «a nadie le duele más Galicia que a Fraga». Un Presidente que, durante los primeros meses de la catástrofe, invocaba a Dios y a Santiago: «Espero que Deus e Santiago nos axuden»; «tengo la esperanza de que el apóstol nos ayudará». El segundo, el de que esa población haga suya la idea de que el regionalismo de Manuel Fraga es la única opción política posible y así se lo reconozca reeligiéndole como Presidente. Y el tercero, el de lograr que «la memoria pública (...) retenga ciertos tipos de acontecimientos públicos y rechace otros» (Douglas 1989

62). Uno de los principales efectos que provoca el imaginario culturalista de la *Xunta* es el de hacer creer a la población gallega que, integrada en los circuitos en los que debe estarlo y respetando las características de los Estados-nación y de la construcción de la UE, la cultura de Galicia confluye en la española y en la europea sin perder un ápice de su particularidad. Para fomentar la adhesión a dicha creencia se requiere desactivar social y emotivamente los acontecimientos localmente conflictivos, evitando así la pérdida del poder político y, para lograrlo, se oscurecen las estrategias desarrolladas por dicho poder iluminando aquello que, sin reconocerlo, éste manipula: la cultura de Galicia y las dimensiones afectivas que ésta posee para su población. Una de las vías para conseguir suscitar adhesiones emotivas al imaginario culturalista es la de financiar campañas publicitarias que tranquilizan y seducen a la población local.

La estrategia publicitaria desarrollada por la *Xunta* tras la catástrofe ecológica y económica que se está viviendo consiste en seguir pregonando a través de los medios de comunicación regionales y estatales que «Galicia es cultura» con la esperanza de que no decaiga el turismo, una de las fuentes de ingresos importante para dicha comunidad; y en lanzar la campaña «Besos para Galicia» —encabezada por la televisiva Paloma Lago, al parecer una de esas gallegas que el citado cuaderno de *El Semanal* considera como «potencial humano de primer orden»— con el objetivo de que Galicia, reducida por sus instituciones a criatura herida necesitada de afecto, reciba por correo miles de solidarios besos virtuales que la ciudadanía del Estado español estampará con sus propios labios sobre cada postal antes de remitirla a su destinataria. Para reforzar estas campañas de marketing en las que «cultura» y emotividad son centrales y para seguir oscureciendo los efectos a largo plazo de lo acontecido en Galicia, podríamos sugerir que a la *performance* del beso se le añadiera la de un Presidente de la *Xunta* que, acompañado por sus *conselleiros*, reactualizara en alguna de las playas de la *Costa da Morte* su mediatizado baño en Palomares cuando ejercía como Ministro de Turismo bajo la dictadura franquista. Si a la estrategia publicitaria descrita se le añade el oscurecimiento de los resultados obtenidos por el Partido Popular (PP) al que Manuel Fraga pertenece en las elecciones municipales del 25 de mayo de 2003, logramos acotar los principales parámetros de actuación del Gobierno de la *Xunta*. Iluminando a *Muxía*, uno de los municipios de la *Costa da Morte* más afectados por la catástrofe del *Prestige*; erigiéndolo en símbolo de toda Galicia y pasando por alto los efectos electorales de las ayudas económicas percibidas por su población; la mayoría absoluta allí obtenida por el PP será utilizada para ocultar la pérdida de votos de dicha formación política en el conjunto del territorio gallego.

Como habrá podido observarse al hilo de estos dos acontecimientos dispares, lo que el Gobierno de Galicia hace es iluminar determinados eventos con el fin de oscurecer otros y para ello manipula palabras e imágenes. De ahí la utilidad política de un imaginario culturalista que se nutre de «una reserva de ejemplos, de símbolos y de precedentes que, por una parte, no es ilimitada y, por otra, debe ser utilizada con prudencia y discreción desde el momento en que es menester convencer a una mayoría» (Augé 1995: 107). Pero ¿qué sucede cuando un Gobierno no trata de convencer a una mayoría, sino de seducirla mediante imágenes idealizadas de la cultura?

3. Las unidades elementales del imaginario culturalista de la Xunta de Galicia

Para ahondar en lo hasta ahora expuesto vamos a desgajar, a través de los diferentes discursos de investidura de Manuel Fraga, las unidades elementales que componen el imaginario culturalista de la Xunta para, acto seguido, dar cuenta de sus dimensiones emotivas.

a) Todo imaginario social remite a una incesante creación socio-histórica y psíquica de imágenes que proporcionan a cada sociedad una serie de contenidos significativos y las instituciones de cada una de ellas involucran en dicho imaginario, y en cada momento histórico, un determinado sistema de imágenes en vez de otro que hubiera sido igualmente posible (Castoriadis 1975). Así mismo e insistiendo en la importancia que para la constitución de toda sociedad tienen los puntos de referencia del pasado el citado autor señalaba que la sociedad es un todo que imaginamos todos y entre todos y alertaba sobre los peligros que entrañaba «una sociedad desposeída de su saber (...); la proliferación ilimitada de discursos vacíos e irresponsables, la fabricación ideológica industrializada y la saturación de los mercados con una pop-filosofía barata» (Castoriadis 1973: 18). Sería demasiado drástico calificar el imaginario culturalista de la Xunta de «pop-filosofía barata», pero si es necesario pensarlo como una fabricación ideológica industrializada que desposee a la sociedad gallega de un saber racional y crítico sobre sí misma y su historia a la par que utiliza estratégicamente imágenes que son atractivas para dicha sociedad y con las que su población se identifica emotivamente. Por eso debemos examinar las unidades elementales del imaginario culturalista de la Xunta puesto que a través de ellas se construye la realidad de la sociedad gallega mediante una sinergia entre lo que tiene valor y lo que no; entre lo que es, lo que es posible y lo que de ninguna manera puede ser; entre un pasado ficcionado, un futuro ficticio y un presente cuyo cariz hay que oscurecer. Como intentaremos mostrar, ese imaginario se organiza en torno a un conjunto sistémico de unidades elementales: la lengua, la cultura, la identidad, el orgullo de ser gallego; y de dos temas recurrentes articulados entre sí: la modernización y el lugar de Galicia en Europa.

Los sucesivos discursos de investidura de Manuel Fraga⁷, elegido por vez primera como Presidente de la Xunta de Galicia en diciembre de 1989 y reelegido en 1993, 1997 y 2001, plasman con claridad meridiana esas unidades elementales y esos temas recurrentes a la par que permiten ver la instrumentalización de la cultura de Galicia. Defendiendo localmente la especificidad de la cultura gallega y, de cara al Estado español y a la UE, utilizándola para acceder a recursos económicos, la reactivación institucional de ese imaginario que recupera ideas sobre la cultura expresadas desde las últimas décadas del siglo XIX por clásicos del pensamiento galleguista era imprescindible para Manuel Fraga y su ideario político. Para que se entienda

⁷ Aunque en este artículo sólo me remito a los apartados «cultura» de sus discursos de investidura, Manuel Fraga, Catedrático de Derecho Constitucional, ha publicado numerosos libros y artículos a través de los cuales pueden rastrearse sus planteamientos políticos. Véase por ejemplo el temprano *Sociedad, Región, Europa* (Madrid, Alianza, 1973).

mejor esta afirmación hay que recordar el hecho, al parecer olvidado a nivel de la UE⁸ y del Estado español de las autonomías, de que el actual Presidente de la Xunta desarrolló buena parte de su carrera política ocupando diferentes ministerios durante la dictadura franquista sin que su galleguismo, hoy tan reivindicado, trasluciera socialmente. Pero hay que adaptarse a los tiempos y a los nuevos cargos políticos a los que se accede y en esto el ex-ministro franquista es un maestro. Un maestro que está sabiendo reactualizar los eventos regionalistas de «coros y danzas» tan característicos del régimen franquista; el férreo control de la información que él mismo ejerció en aquellos años y sigue ejerciendo en éstos; la nueva realidad del Estado español de las autonomías y el novedoso proyecto de la UE de configurar una Europa de la Cultura. Un maestro, «padre» de la Constitución de 1978 y, desde hace más de una década, caudillo al frente de una Galicia renovada a la que con mano declaradamente galleguista intenta guiar hacia un futuro en el que la particularidad cultural de Galicia será mundialmente reconocida. Proyecto impensable si no se retiene que la configuración del Estado español de las autonomías contribuyó a crear o a incrementar el sentimiento de pertenencia a una comunidad local con lengua, cultura, historia, costumbres y patrimonio propios; y si se olvida que transnacionalmente la apuesta por la Europa de la Cultura consiste en plasmar en la práctica ese sentimiento de pertenencia insistiendo en el derecho a la cultura—entendido como posibilidad de acceder al conocimiento y disfrute democrático de las artes «cultas» o «populares» (Grignon & Passeron 1992) y del patrimonio histórico y cultural—y eludiendo el reconocimiento político de los derechos culturales de las diferentes regiones de Europa.

b) En su primer discurso de investidura Manuel Fraga⁹ expresó tanto su preocupación por los efectos de la política económica europea sobre Galicia; como su idea de que Galicia es «un “fragmento de Estado” (...) con plena autonomía para sus asuntos propios (*pero*) con un derecho terminante e irrenunciable a la solidaridad del resto de los españoles, y ahora además, de los europeos.» Para él esto significa que ya no hay que plantearse una «utópica autodeterminación, sino una irreversible y definitiva autoidentificación» y que el único camino para conseguir la Galicia por él soñada consiste en «afrontar el siglo XXI en pie de igualdad con las demás regiones europeas (...) tenemos que potenciar nuestro orgullo nacional, el orgullo de ser gallegos». Piedra angular de ese orgullo es la cultura y por eso se propone impulsar «una Cultura Gallega sólida, vertebrada, basada en nuestro pasado y abierta a las grandes corrientes intelectuales, ya que la cultura Gallega es patrimonio de todos y a todos debe agrupar en un sentimiento de iden-

⁸ En el perfil biográfico-político de Manuel Fraga disponible en la página Web del Comité de las Regiones, su carrera política no se asocia en ningún momento con la dictadura franquista. En este documento de circulación transnacional, el actual Presidente de la Xunta aparece como personaje emblemático de una democracia española que parece haber existido desde siempre.

⁹ Resumen de la intervención de Don Manuel Fraga Iribarne ante el Pleno del Parlamento Autónomo de Galicia el 29 de enero de 1990, en el Acto de Investidura como Presidente de la Xunta de Galicia. (Policopiado, 21pp). Hasta que no se indique lo contrario todos los entrecomillados están extraídos del mismo.

tividad colectiva». Tras estas declaraciones expresará líricamente las emociones que siente ante la situación por la que personalmente atraviesa, y ante el reto que supone introducir, entre todos, a Galicia en la modernidad sin por ello renegar de su cultura, costumbres y tradiciones. «Las grandes creaciones humanas (*tienen que ver*) con lo hondo de la poesía, con la llama del entusiasmo, con el severo sonido de una sinfonía de Beethoven o de Brahms y, por supuesto, con la alegría de nuestras gaitas y el “ronco son de los pinos” a los que Pondal interrogaba sobre el destino de Galicia (...). Toda mi vida ha sido una larga preparación para este momento. (...); vamos a asumir entero el destino de Galicia hacia la plena identificación, hacia la modernidad». Si estas palabras fueron el punto final de su primer discurso de investidura pocos días después, en un acto multitudinario en la Plaza del Obradoiro de Santiago de Compostela¹⁰, o repitió el evento lírico articulando –de forma magistral si el deseo era el de despertar emoción y empatía– historia, tradición, cultura, emigrantes, pasado, presente y futuro de Galicia. «Frente a esas piedras barrocas (...) los siglos nos contemplan, nos advierten y nos desafían (...). Aquí están presentes o representados, de algún modo, todos los gallegos; los de la Coruña, Lugo, Orense y Pontevedra; los que viven y trabajan por todas las tierras de España, de Europa, de América, del ancho mundo (...); a todos sin excepción, de algún modo les contemplan y los tenemos por presentes (...). No ha de haber aquí (...) dos Galicias (...). Queremos una Galicia como sitio para todos: los que fueron, los que somos, los que vendrán». El tono emotivo y los contenidos están dados en éste su único discurso en castellano. Todos los posteriores los pronunciará en gallego indicando simbólicamente así su personal asunción del orgullo de ser gallego.

Cuando fue reelegido por vez primera en 1993 Manuel Fraga volvió a insistir en que había que defender «nosos sinais de identidade propios como pobo, como país; das nosas tradicións, da nosa lingua, dos nosos símbolos (...) para traballar como unha peza harmónica do Estado Español, da Unión Europea (...). E xustamente no momento en que o mundo se volveu transnacional (...) (*que*) a xente necesita definirse en termos que poida comprender; precisa unha Comunidade Xeográfica, lingüística, relixiosa, cultural que poida “ver”¹¹». En éste su segundo discurso también enunció un claro europeísmo en consonancia con el desarrollo de «unha liña de Goberno Galleguista» y mientras que para articular galleguismo regionalista e identidad cultural recurrió a clásicos del pensamiento galleguista, para inscribir al galleguismo en Europa aludió al recién creado Comité de las Regiones¹² del que es Miembro Titular desde 1994 y del que fue Presidente de la Delegación española entre 1998 y 2000, obviando señalar el carácter meramente consultivo de dicho Comité. Para él su creación revelaba una

¹⁰ Discurso en la Plaza del Obradoiro del 5.02.1990, (policopiado). Hasta que no se indique lo contrario todos los entrecomillados están extraídos del mismo.

¹¹ Discurso de investidura do candidato do Grupo Popular D. Manuel Fraga Iribarne do 29-11-1993, (policopiado, sin paginar). Hasta que no se indique lo contrario todos los entrecomillados están extraídos del mismo.

¹² El Comité de las Regiones creado en 1994 consta de 222 miembros. Es un órgano de carácter consultivo y responde al deseo de la Unión de que se respeten las prerrogativas locales y de que las regiones participen en el desarrollo y la ejecución de sus políticas.

«crecente penetración do feito rexional na realidade da UE» y puesto que la UE favorecía la inscripción en ella de identidades y culturas particulares, Galicia «ten que facerse presente en Europa (...) (debe) situarse nun novo marco de referencia» para el que es necesario facilitar «a elaboración de novas políticas culturais e o deseño de novas estratexias de produción e difusión cultural».

Reelegido por segunda vez en 1997 el tono de su nuevo discurso¹³ será, si cabe, más marcadamente culturalista. Esa vez, para reafirmar su compromiso galleguista; para identificar los tres principios básicos que unen entre sí a todos los gallegos; para confirmar que los valores tradicionales de Galicia están presentes en la nueva sociedad; bajará del panteón no, como era habitual, a unos pocos, sino a casi todos los gallegos ilustres¹⁴. Los tres principios básicos identificados fueron el galleguismo –léase sentirse a un tiempo gallego, español y europeo–; la autoidentificación, es decir, lograr situar a Galicia en el contexto de los pueblos de España, Europa e Iberoamérica; y la «galleguidad» entendida como continuidad, o sea el hecho de que «as nosas comunidades do exterior perduren no tempo como auténticas representacións dos signos de identidade de Galicia». Para lograr la definitiva vertebración de Galicia es necesario orientarse siguiendo los ejes del europeísmo y del galleguismo y, revisando todo lo que Galicia ha logrado en el ámbito de la cultura desde su acceso a la autonomía, Manuel Fraga distinguirá dos periodos cronológicos. El que va desde 1983 hasta 1993 en el que lo esencial fueron las sucesivas ediciones del *Xacobeo* que permitieron rescatar «o Camiño de Santiago como un dos piares básicos» de la cultura gallega; y el iniciado en 1994 y que se prolongará hasta el 2004, marcado por los cinco grandes objetivos de la política cultural de la *Xunta*¹⁵, siendo el más ambicioso el de consolidar las rutas de peregrinación a Santiago hasta lograr «unha estrutura europea con sede en Santiago», y el de poner en marcha el macroproyecto de la Cidade da Cultura de Galicia.

En octubre de 2001 Manuel Fraga fue reelegido por tercera vez y en su nuevo discurso¹⁶ mirará hacia adelante y se proyectará hasta el 2010 afirmando que estamos asistiendo al « inicio dun-

¹³ Discurso de investidura de D. Manuel Fraga Iribarne do 1.12.1997. (policopiado, sin paginar). Hasta que no se indique lo contrario todos los entrecomillados están extraídos del mismo.

¹⁴ Como si fuera consciente de necesitar más apoyo simbólico que en los años anteriores, algo que sin duda no es ajeno al progresivo calado de las propuestas del Bloque Nacionalista Gallego (BNG) en la sociedad gallega y, en especial, en las ciudades. Quizás resulte exagerado establecer una relación causa-efecto entre ambos hechos pero si se tiene en cuenta que, desde 1990, M. Fraga insiste en la idea de que un galleguismo regionalista es suficiente para lograr a un tiempo salvaguardar las señas de identidad propias, y para inscribir a Galicia en la modernidad; no cabe duda de que el relativo arraigamiento de las propuestas políticas nacionalista le resultan problemáticas. Problemáticas porque partiendo del mismo imaginario culturalista, su proyecto político no es regionalista.

¹⁵ Esos dos últimos objetivos ocuparían el periodo 2001-2004, los anteriores fueron: en 1998 preparar la participación en la Exposición Universal de Lisboa y el Año Santo Jubilar de 1999; en 1999, aprovechar los efectos que tendrá el Jubileo puesto que ese año Compostela será el equivalente a Roma o a Jerusalén, y Galicia se convertirá en centro de atracción internacional; en el 2000 cuidar la programación de los eventos culturales en torno a 'Santiago, Capital Cultural Europea' para que la ciudad –y Galicia– vuelvan a resultar internacionalmente atractivos; en el 2001 programar un congreso internacional de la cultura gallega para que de él salgan propuestas de cara al siglo XXI.

¹⁶ Texto íntegro do discurso de Investidura de D. Manuel Fraga Iribarne do 3.12. 2001. Hasta que no se indique lo contrario todos los entrecomillados están extraídos del mismo.

ha nova era para Galicia» en la que hay que «gobernar a globalización» y en la que la cultura, junto con la comunicación y el turismo, se han convertido en un «hipersector». «Os nosos valores culturais de sempre, aqueles que nos identifican como galegos, teñen agora continuidade na industria da cultura e do ocio (...). Sabido é que as viaxes e o turismo, as cidades e os parques temáticos, a moda e a cociña, a música e a arte, a literatura, o cine e a televisión, son a materia fundamental dunha economía de servicios cuns obxectivos comerciais caracterizados polos recursos culturais» ¿Cabe mayor contundencia en la traducción económica de una «cultura» que aporta a Galicia el 15% de su PIB, porcentaje que se pretende aumentar hasta alcanzar el del 20%? Sólo si se retiene esto se entiende por qué serán la *Cidade da Cultura de Galicia*, el patrimonio y, naturalmente, el Camino de Santiago, los ejes estructurales de la política cultural de la *Xunta* en esa nueva era que comienza. «A Cidade da Cultura de Galicia (...) empeza tamén a ser coñecida e valorada moi positivamente, como o demostraron as recentes declaracións de Viviane Reding, Comisaria Europea de Educación e Cultura (...). O patrimonio cultural é outro dos piares básicos da nosa identidade, pero tamén é un elemento fundamental da modernidade, pois, integrado co turismo e co mundo do ocio, está dando xa excelentes resultados. (...) Non esqueceremos, por suposto, ese primeiro e importantísimo vieiro de interese nacional e internacional que é o Camiño de Santiago. (...) está previsto intensificar, (...) cantas políticas de promoción, creación e mellora de infraestructuras sexan necesarias para que o 2004, primeiro Ano Santo Xacobeo deste século e milenio, sexa unha verdadeira referencia mundial».

e) Desgajadas las unidades elementales del imaginario culturalista de la *Xunta* y sus temas recurrentes debemos explorar los motivos de su demostrada eficacia simbólica (Lévi-Strauss 1974). Demostrada en la medida en la que, a nuestro entender, es la manipulación política de las unidades elementales que lo componen la que ha favorecido las sucesivas reelecciones del Presidente de la *Xunta*. Manuel Fraga, al igual que el shaman del que Lévi-Strauss habla proporciona, no a una parturienta cuna sino a la población gallega, un lenguaje para que ésta construya, desde sus vivencias como «pueblo», una autodientificación con una cultura gallega cuyas raíces se hundan en la noche de los tiempos y que debe desembocar en un galleguismo consciente. Esculpiendo, al igual que el *shaman*, esas imágenes que manipula políticamente sobre «esencias prescritas que les otorgan eficacia» (Lévi-Strauss 1974: 214), y considerando a Galicia como una comunidad orgánica estructurada por su cultura y sólo por ella, el Presidente de la *Xunta* intenta «inducir una cristalización afectiva que se forja en el molde de una estructura preexistente» (Lévi-Strauss 1974: 232). Obviamente Manuel Fraga no puede ser considerado como el homólogo del shaman evocado por el antropólogo francés pero sí hay que retener que ejerce en su comunidad una «democracia de caudillaje (*caracterizada por*) el carácter emotivo y espontáneo de la entrega y confianza en el líder, de que suele proceder la inclinación a seguir como tal al que aparece como extraordinario, al que promete más, al que actúa con medios más intensamente atractivos» (Weber 1983: 216). Manuel Fraga es «el señor legítimo en méritos de su propio carisma (...) jefe libremente elegido» (Weber 1983: 214) por

su comunidad y practica una «democracia de caudillaje» prometiendo más que nadie y actuando arropado por un imaginario culturalista poderosamente atractivo para la población gallega. Es ese atractivo arropado el que, a la par que seduce a dicha población, permite ocultar las contradicciones sociales, políticas y económicas vigentes en una sociedad, la gallega, que Manuel Fraga transmuta en comunidad «natural» dotada de una «cultura» cohesionadora y de una identidad exclusivamente étnica en cuya configuración no intervienen ni las relaciones sociales entre los sexos ni las de producción. Oscureciendo discursivamente estas dos últimas dimensiones identitarias e iluminando sólo la étnica como si ésta fuera autónoma se pretende «escamotear baixo o "traxe rexional" as contradicións e conflitos, nada cómodos para o sistema, que se ocultan nas persoas e nos grupos que levan o traxe» (Gondar Portasany 2001: 82). Esta estrategia que, dado el proyecto de construir una Europa de la Cultura, comparten la Administración gallega y la Comisión Europea desemboca en la creciente financiación institucional de eventos de marcado sabor regional que crean en cada persona el sentimiento de que la cultura de «su» pueblo está presente en la UE sin que reflexione ni sobre lo que se exhibe ni sobre las intencionalidades que subyacen en dicha exhibición. En este sentido lo que la *Xunta* lleva haciendo desde hace más de una década es utilizar «todas las armas retóricas para elaborar imágenes de identificación (...) se trata de "identificar" colectividades, de arraigarlas en la historia, de consolidar y asentar su imagen, de mitificarlas para que los individuos a su vez puedan identificarse con ellas» (Augé 1995: 103). Y qué mejor manera de lograrlo que intentando potenciar un sentimiento es decir, intentando que colectivamente se de el paso de algo que por «naturaleza» se es: gallego o gallega, al orgullo «cultural» de serlo.

4. El orgullo de ser gallego: un sentimiento como órdago político

Como habrá podido observarse lo que el Presidente de la *Xunta* lleva transmitiendo desde 1990 a su principal destinataria, la sociedad gallega, es un imaginario a menudo lírico a través del cual la cultura de Galicia aparece como el único referente simbólico compartido capaz de hacer emerger entre una población gallega, institucionalmente homogeneizada, una autoidentificación consciente con el orgullo de ser gallego que no va en menoscabo con el ser, a la par que gallego, español y europeo. Una autoidentificación emotiva que Manuel Fraga propone como expresión de una nacionalidad –el orgullo de ser gallego sería de hecho un orgullo nacional– que no necesita autodeterminarse políticamente. Pero cuando una comunidad empieza «a ponerse lírica respecto a su belleza prístina y a pegar en las vallas cercanas prolijos manifiestos que llaman a sus miembros a apreciar sus maravillas y que conminan al resto a admirarlas o a callarse, uno puede estar seguro de que la comunidad ha dejado de existir (o de que todavía no existe, que también puede ser)» (Bauman 2003: 18). Que haya dejado de existir, que nunca haya existido o que todavía no exista, lo cierto es que el Presidente de la *Xunta* difunde la creencia de que Galicia es una comunidad basada en un entendimiento de carácter natural compartido por todos sus miembros y al parecer derivado de que «o Pobo galego é dono dunha cultura diferenciada (...). Unha cultura de ámbito europeo e occiden-

tal»¹⁷, de que la lengua es la «espiña dorsal da nosa identidade»; de que la literatura gallega, la etnografía, la música, la danza, el «arte máis de vangarda», los monasterios, las catedrales..., configuran «a cultura de Galicia. E dicir, aquilo que nos autoidentifica como pobo, o que nos distingue doutras culturas, o que nos permite chamarnos galegos». Dadas estas premisas resulta clara la utilidad política de un imaginario que oscurece que «el entendimiento común sólo puede ser un logro, que se alcanza (si es que se alcanza) al final de un prolongado y tortuoso trabajo de discusión y persuasión en una agotadora competencia con un número indefinido de potencialidades distinta» (Bauman 2003: 20). Para Manuel Fraga Galicia sólo parece poseer una potencialidad, su cultura, ante la que todo gallego debe sentir orgullo y el logro a alcanzar no remite a la razón y a lazos contractuales, sino a un sentimiento colectivamente compartido y a lazos afectivos que fundamentan la cohesión social entre los miembros de la comunidad. Un sentimiento que puede y debe reforzarse puesto que, parafraseando al Presidente, vivimos en un mundo transnacional y las personas necesitamos definirnos en términos que podamos entender. Para orientarnos en ese mundo cuya complejidad nos supera debemos aferrarnos afectivamente a la comunidad geográfica, lingüística, cultural y religiosa a la que pertenecemos, puesto que ella es la que dota de sentido a nuestra identidad, enorgulleciéndonos de sus particularidades y contribuyendo a que pervivan en el futuro. Es bien sabido que el orgullo es un sentimiento de satisfacción desarrollado por una persona o por un colectivo ante aquello que considera propio y le parece digno de mérito y, por definición, un sentimiento es un estado afectivo, un estado de ánimo que conduce a esa persona o colectivo a sentir atracción o aversión hacia alguien o hacia algo. Una de las claves del imaginario culturalista difundido por Manuel Fraga es el orgullo de ser gallego al que tantas veces alude en sus discursos y tiene como principal referente la cultura de Galicia. Es esa cultura primordializada la que el colectivo «población gallega» debe considerar como propia, la que debe parecerle meritoria y la que debe provocar un estado afectivo de atracción. El problema reside en cómo materializar en la práctica lo que pertenece al ámbito discursivo.

a) Gracias a la difusión mediática de los discursos examinados y de otros similares, el Presidente de la *Xunta* ha dinamizado institucionalmente un proceso de «incremento na percepción da galegitude» (Gondar Portasany 1993: 236) en el que habiendo apostado sin ambigüedades por la modernización económica de Galicia, resulta necesario manipular el pasado para «paliar os traumas dos cambios cualitativos é disfrazalos de permanencias ou, máis precisamente, integralos nos esquemas do pasado» (Gondar Portasany 1993: 241). Pero el Presidente de la *Xunta* no es el inventor de las unidades elementales del imaginario culturalista aquí descrito. Dicho imaginario no es un artefacto cultural novedoso o de reciente creación sino que Manuel Fraga reactiva parcial e interesadamente un sentimiento de orgullo hacia la cultura de Galicia ya

¹⁷ Discurso do Presidente da *Xunta* de Galicia. Debate sobre o Estado da Autonomía (10.09.2000) (184pp). Hasta que no se indique lo contrario todos los entrecomillados están extraídos del mismo.

existente al menos entre una parte de la población gallega que no necesariamente es aquella románticamente percibida como la «natural» depositaria de la cultura: las poblaciones rurales y marineras. Influenciados por los escritos de los agraristas del siglo XIX y con fines políticos regionalistas, el sentimiento de orgullo hacia la cultura gallega empezaron a cultivarlo autores de la generación *Nós* como Risco o Castela (habitualmente citados por Manuel Fraga), que estaban «convencidos de que en el alma gallega latía una «raza» noble que había sido humillada pero no eliminada» (Rodríguez Campos 1991: 107) y fue adquiriendo nuevas dimensiones desde mediados del siglo XX en especial entre los miembros de *Galaxia*. Nutriéndose de ambas fuentes, Manuel Fraga ha reelaborado un imaginario culturalista en el que coexiste el organicismo comunitarista de la generación *Nós* que entendió la cultura como expresión de un *Volkgeist*; y la idea de cultura como creación individual propugnada por los miembros de *Galaxia*. «A percepción da diferencia cultural era unha herdanza de *Nós*; a ideoloxía democrática patrimonio do “espírito do tempo”. Entre á unha e o outro, a xeración *Galaxia*» (Fernández 1999: 72). Una generación que hizo de Europa el telón de fondo de sus actividades intentando demostrar «a europeidade de Galicia» (Fernández 1999: 76) y algunos de cuyos teóricos más destacados como LUGRÍS afirmaron en un ya lejano 1955 que «Galicia debe entrar a formar parte da organización europea de acordo cos outros pobos da Península (...). A pervivencia de Galicia como comunidade cultural —e, polo tanto, social, política e económica— depende da sorte de toda Europa» (Franco Grande 1985: 21). Hemos mencionado que en sus diferentes discursos el Presidente de la *Xunta* acostumbra a bajar del panteón a numerosos gallegos ilustres pero sin duda al que más invoca y de forma creciente es a Ramón Piñeiro una de las figuras clave del Partido Galleguista, reorganizador del galleguismo bajo la dictadura franquista, cofundador de la editorial *Galaxia* en 1950, claramente europeísta y, al parecer, responsable de la «decidida vocación cultural (*del Estatuto de Autonomía de Galicia y del*) extraordinario afán de promover la cultura y la lengua gallega en Galicia, en aquellas otras regiones o países en los que existan Comunidades Gallegas e incluso en los países de habla gallego-portuguesa» (Serrán 1980: 193). Responsable porque Ramón Piñeiro «planteó una fundamentación cultural del Estatuto, porque sabía que no había un estado de opinión creado sobre él. (...) La idea de Piñeiro era la de justificar la necesidad del Estatuto en base a la cultura para luego, una vez creado el estado de opinión, politizar la autonomía»¹⁸.

Si ésa era la voluntad de Piñeiro quien constantemente lo invoca se ha guardado bien de darle continuidad. Cuando tras la aprobación del Estatuto de Autonomía de Galicia se reconoce a dicha comunidad como poseedora de una «personalidade diferenciada pola historia, a cultura, a lingua e o territorio» (Álvarez Pousa 1999: 103), la importancia que la idea de terra (tierra) tuvo en la elaboración del nacionalismo gallego de principios del siglo XX, que la entendió no sólo como territorio sino «como concentrado do sentimento identitario» (Álvarez Pousa 1999: 97) perderá relevancia y, como hemos visto, serán la cultura y la lengua los ejes fundamentales del

¹⁸ Extracto de la entrevista realizada en julio de 2000 a L. Álvarez Pousa que ocupó desde noviembre de 1983 hasta febrero de 1985 la Dirección General de Cultura de la Xunta.

imaginario culturalista de la Xunta. Pero antes de que fuera pensable lo que hoy es el Estado español de las autonomías, «o desexo de ver rapidamente restaurada a democracia e a autonomía sobredeterminou a tradición europeísta galega e española, contribuíndo a crear as bases para o xurdimento duna protoideoloxía europeísta (...) que habería constituir o xerme de posteriores desenvolvementos cara a integración unitaria de Europa» (Fernández 1999: 75). Para Piñeiro, Europa fue el «horizonte político-cultural (...) (*y su obra*) permanecerá na historia de Galicia como exemplo da tarefa que Galaxia se impuso: mostrar a condición europea de Galicia, vinculala ó destino da Europa culta, ilustrada e democrática (...) (*el objetivo de Galaxia fue el de*) deixar claro que Galicia compartía un patrimonio cultural con Europa» (Fernández 1999: 77). Al igual que lo fue para Piñeiro, también Europa es para Manuel Fraga su horizonte político-cultural. Y al igual que para Manuel Fraga, para Piñeiro «a maneira que ten o home de coñecer a súa singularidade é a través do sentimento (...) (*siendo el individuo*) una unidade creadora na que coexisten harmoniosamente singularidade e comunidade (...) e a ponte entre o individuo e a comunidade será a linguaxe (...), la cultura es vivencia (...) (*y está orientada*) ao enriquecemento do ser individual do home e non tanto ao enriquecemento do ser da comunidade (...) (*y la lengua es*) sangue do espírito, elemento diferenciador, a máis alta creación, está por riba de ideoloxías, esencia dun pobo» (Farruco Graña 2003: 51). Lo que Manuel Fraga no retiene de Piñeiro es su galleguismo federalista pero si ha hecho suyas aquellas claves de su pensamiento que le están permitiendo seducir a buena parte de la sociedad gallega a través de la difusión de un imaginario culturalista que, transmutado en palabra política, «se hace responsable del pasado y más precisamente de su relación con el presente en la medida en que, al dirigirse a todos, debe prevenir las rupturas de sentido entre las generaciones» (Augé 1995: 110). Los discursos el Presidente de la Xunta se dirigen ecuménicamente a todos y a cada uno de los gallegos: urbanos, rurales, marineros, emigrantes diaspóricos de primera, segunda o tercera generación, jóvenes y viejos, unidos entre sí por un sentimiento colectivo compartido: el orgullo de ser gallegos; y por la voluntad de proyectar hacia el futuro la cultura de Galicia. Una cultura que, en el imaginario analizado, lejos de referirse «tanto a la invención como a la preservación; a la discontinuidad como a la continuidad; a la novedad como a la tradición, a la rutina como a la ruptura de modelos, al seguimiento de las normas como a su superación, a lo único como a lo corriente, al cambio como a la monotonía de la reproducción, a lo inesperado como a lo predecible» (Bauman 2002: 22); sólo se entiende como preservación, continuidad y reproducción. Pero ¿acaso cabe otra posibilidad si se tiene como horizonte el proyecto de la Europa de la Cultura?

5. Conclusión

En marzo de 2002 Manuel Fraga¹⁹ decía haber logrado su principal objetivo político: «colocar a Galicia en el mapa» y señalaba la necesidad de «repensar España entre todos» propug-

¹⁹ En una entrevista concedida a *El País* 3. 03. 2002. Hasta que no se indique lo contrario todos los entrecomillados están extraídos de la misma.

nando reformar algunos artículos de la Constitución de 1978 con el fin de que Galicia tuviera representación en Europa y pudiera defender en ella, con voz propia, sus intereses locales. Al parecer la presencia de Galicia en el tan alabado Comité de las Regiones no era ya el lugar adecuado para defender los intereses de su región. Pero esto no significa que el Presidente de la Xunta rechace la actual configuración política del Estado español de las autonomías. Consciente de que «las dificultades recurrentes de la construcción europea son a menudo menos consecuencia de una crispación identitaria de las opiniones, que divergencias entre gobiernos sobre el contenido y la orientación económica de la Unión» (Vallart 1996: 73) y de que la UE «ha sabido reactualizar su tradición pluricultural y darle un fundamento económico», el europeísmo neoliberal y galleguista de Manuel Fraga ejemplifica, en la práctica, los beneficios económicos, políticos y simbólicos que pueden extraerse reactivando localmente un imaginario culturalista que habla al sentimiento y no a la razón. De hecho, el reconocimiento por parte de la UE de la diversidad de las culturas que forman parte del viejo continente y su corolario, construir una Europa de la Cultura, necesita reificar una diversidad que sólo es aceptable si su existencia no conlleva conflictos políticos y si incita al consumo de productos culturales de marcada idiosincrasia produciendo así importantes beneficios económicos. En este sentido quiero insistir en que existen «pocos campos en los que las políticas nacionales son autónomas (...). En cambio se incrementan aquellos en las que no son más que una traducción local de decisiones tomadas ya sea por los gobiernos (de los Estados-miembro de la UE), ya sea por instancias independientes (...). La UE (...) es una implacable máquina para liberalizar de la que no sale indemne ninguna voluntad gubernamental nacional que quiera marcar su diferencia» (Cassen 2002: 92-93). A menos, diría yo, que esa diferencia pueda asumirse como parte del «todo» identitario europeo. Efectivamente la UE es una máquina para liberalizar que, por una parte, mantiene a Europa en el marco de su inicial construcción como Comunidad Económica Europea, lo que actualmente significa que ha sido «reducida a un Banco y a una moneda única y sometida al imperio de la concurrencia sin límites» (Bourdieu 2002: 82) y que, por otra, está contribuyendo a liquidar «los logros más admirables de las luchas sociales de los dos últimos siglos: universalismo, igualitarismo (...) o internacionalismo; y a la destrucción de la esencia misma de la idea o del ideal socialista, es decir, grosso modo, la ambición de salvaguardar mediante una acción colectiva y organizada las solidaridades amenazadas por las fuerzas económicas» (Bourdieu 2002: 84). Todo parece indicar que las instituciones europeas, y las gallegas, están configurando grandes parques temáticos en los que cada región exhibirá una cultura políticamente erigida en «relicario de la identidad» (Bayart 1996: 86). Sin embargo cabe una llamada a la utopía entendiendo ésta no como irrealizable sino como con posibilidades de futuro si se intenta colectivamente. Cabe pensar y luchar por una UE que rechace el neoliberalismo y que defienda que puede construirse un sistema social más justo fundamentado sobre el respeto y la defensa de los derechos humanos, sociales y económicos de los diferentes colectivos que conviven en su seno. Cabe pensar y luchar no por una Europa de la Cultura, sino por una UE de las culturas en la que éstas no sean un mero recurso económico, o una reificación para uso político, sino una realidad vivida

desde posiciones –individuales y colectivas– de reconocimiento político de los derechos culturales. Y esto no se logra proclamando una Carta de Derechos Fundamentales de la UE ni aprobando en el 2004 una Constitución Europea cuyo borrador, dicho sea de paso, no contempla la posibilidad de crear una Cámara de Regiones con atribuciones legislativas, sino aceptando el desafío político que la diversidad cultural conlleva para la construcción de la nuevamente imaginada comunidad que será la UE del siglo XXI.

6. Referencias bibliográficas

ABÉLÈS, M.

1996 *En attente de l' Europe*. Paris, Hachette.

ÁLVAREZ POUSA, L.

1999 *A identidade frente á rede. O reto mediático de Galicia na sociedade da información*. Vigo, Xerais.

ANDERSON, B.

1993 *Comunidades imaginadas*. México, FCE.

AUGÉ, M.

1995 *Hacia una antropología de los mundos contemporáneos*. Barcelona, Gedisa.

BASTIDA, X.

1998 *La nación española y el nacionalismo constitucional*. Barcelona, Ariel.

BAUMAN, Z.

2002 *La cultura como praxis*. Barcelona, Paidós.

2003 *Comunidad. En busca de seguridad en un mundo hostil*. Madrid, Siglo XXI.

BAYART, J. F.

1996 *L' illusion identitaire*. Paris, Fayard.

BOURDIEU, P.

2002 «Pour un mouvement social européen», *Manière de voir. Le Monde Diplomatique* (61):82-85.

CASSEN, B.

2002 «Un petit grain de sable démocratique», *Manière de voir. Le Monde Diplomatique* (61):92-93.

CASTORIADIS, C.

1973 *La société bureaucratique 1. Les relations de production en Russie*. Paris, U.G.E.

1975 *L' institution imaginaire de la société*. Paris, Seuil.

DOUGLAS, M.

1989 *Ainsi pensent les institutions*. Florence, USHER.

FARRUCO GRAÑA, X.

2003 «O compromiso de Ramón Piñeiro con Galicia», comunicación presentada en la *XX Semana Galega de Filosofía, Filosofía y Compromiso* (pp. 48-52), Pontevedra, Aula Castelao de Filosofía.

FERNÁNDEZ, C.

- 1999 «A xeneración Galaxia: entre o Romanticismo e a Ilustración» M. Gondar, comp., *Galicia fai dous mil anos. O feito diferencial galego. III Antropoloxía*. Vol. I: 71-80. Santiago, Museo do Pobo Galego.

FRANCO GRANDE, X. L.

- 1985 *Os anos escuros*. Santiago, Xerais.

GONDAR PORTASANY, M.

- 1993 *Crítica da razón galega. Entre o nós-mesmos e o nós-outros*, Vigo, A Nosa Terra.
 2001 «A Unión Europea desde Galiza. Marketing, Identidades e Antropoloxía Crítica», Barreiro, J. L. & García Soto, L., comp., *Europa: mito e razón. Simposio Internacional Luso-Galaico de Filosofía de Santiago*, pp. 69-87. Santiago, Servicio de Publicaciones da USC.

GRIGNON, C. & PASSERON, J.C.

- 1992 *Lo culto y lo popular. Miserabilismo y populismo en sociología y en literatura*. Madrid, La Piqueta.

LEVI-STRAUSS, C.

- 1974 *Anthropologie Structurale*. Paris, Plon.

MÉNDEZ, L.

- 2001 «La Europa de la cultura. ¿Construyendo una nueva identidad?», J. Azcona, comp., *Tiempos y Culturas*, pp. 179-211. Donostia, UPV/ EHU.

RICAUD, J.

- 1990 *Libre Culture*. Paris, Gallimard.

RODRÍGUEZ CAMPOS, J.

- 1991 «La etnografía clásica de Galicia: ideas y proyectos», Prat, J., Martínez, U., Contreras, J. & Moreno, I., comp., *Antropología de los Pueblos de España*, pp. 99-111. Madrid, Taurus Universitaria.

SAHLINS, M.

- 1993 «Goodbye to Tristes Tropiques: Ethnography in the Context of Modern World History», *Journal of Modern History*, 65: 1-25.

SERRAN, F.

- 1980 *Cultura española y Autonomías*. Madrid, Ministerio de Cultura.

THIBAUD, P.

- 2002 «Une construction sans légitimité démocratique», *Manière de voir. Le Monde Diplomatique*, 61: 48-52.

WEBER, M.

- 1983 *Economía y Sociedad*. México, FCE.